NEMESIS Y LIBERTAD

Pensador de nuestro tiempo, George Uscatescu es uno de los más agudos críticos de las mortíferas herejías que atormentan la Humanidad de un siglo que, todavía continuando las estupideces fundamentales del siglo XIX, es el siglo más grotesco y trágico a la vez de toda la Historia humana.

Es grotesco nuestro tiempo por su exhibicionismo delirante, por su pop-arte, pop-pensamiento, pop-religión, pop-moral, pop-muchachos y muchachas, pop-viejos y viejas, por sus anticonformistas seniles como Marcuse o Simone (de Beauvoir); es grotesco nuestro siglo por sus revueltas a veces criminales y sin finalidad real; es sumamente grotesco por los imbéciles que llaman al cáncer de una guerra de todos contra todos y todo «revolución», invocando a Marat u otras glorias de una criminalidad pasada; pero *trágico* es nuestro siglo por la *proliferación metódica del odio.*

Este odio que se extiende como el fuego en un bosque muerto por la sequía, es el resultado de dos materialismos conjuntos y que también se enfrentan, como Gog y Magog: el materialismo «religioso» del Este y el «pragmático» del Oeste. El hombre hace imposible el decálogo porque empieza a no quererse más que a sí mismo.

Con riqueza de alma y excepcional talento, en libros que se suceden uno tras otro a partir de los años 50, Uscatescu opone a lo «grotesco» y al «odio» de la antihistoria actual, su pensamiento armónico, surgido no de un racionalismo seco, sino de una milagrosa fuente de amor hacia lo humano, es decir hacia la *humanidad del hombre,* que nunca será como tal sin sus raíces divinas. En 1951 publicó Uscatescu una monografía, *Rumania* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), donde los españoles encontraron por primera vez una pertinente y amplia presentación de la historia y cultura rumanas. Diecisiete años después Uscatescu ofrece al lector español, y así a una gran parte del mundo occidental, un libro consagrado al pensamiento rumano, a los treinta años desde cuando se publicó, en Francia, el primer libro tratando de la literatura rumana en su totalidad en Occidente, la *Historia de la literatura rumana,* por Basil Munteanu (París, 1938). Entre estos dos acontecimientos culturales, Rumania sufrió un cataclísmico revés: la invasión soviética

debida a la inhumanidad de unos políticos cínicos. Más de veinte años necesitó este país europeo, «el camino histórico de las invasiones» (Uscatescu), para que empiece, tímidamente, a volver a sí mismo.

Por el honor del Occidente, en este tiempo de estériles ruidos, una editorial española dio la palabra al discreto y a la vez profundo espíritu rumano, espíritu de amor, de poesía y meditación enraizada en dos milenios de vida atormentada: «Un escritor en cuya alma pulsa la eterna adolescencia de un paisaje que nunca muere, un escritor cuya obra, casi entera —treinta volúmenes de exploración en los terrenos más venturosos y miles de artículos en prensa diaria y revistas— está escrita en castellano, colocada de cara al medio siglo de su existencia, se ha detenido un instante, se ha acercado a su editor, el editor amigo lleno de comprensiones sin número y, le ha formulado un ruego» (Prefacio). Pues digámoslo abiertamente: trátese sólo de una gran amistad entre dos personalidades culturales, ella será aún un ejemplo de la indeleble atracción espiritual que existe entre las razas española y rumana. Como rumano digno sólo esto: la raza española es una de las más nobles de esta tierra.

La semejanza entre las dos razas, tan evidentes en la «jota asturiana» comparada con algunas «*doinas* rumanas», tiene orígenes antiguos.

Como pensador transcartesiano, es decir, decididamete rumano-español, y también conocedor de las geniales intuiciones de un Giambattista Vico, pensador que sobrepasa divinamente el «espíritu de geometría», Uscatescu tiene como punto de partida para su filosofía de la cultura rumana *la poesía*.

Por eso nos preguntamos: ¿no será éste el punto de partida más *real* de todos, en cuanto se trata del ser humano?

El primer editor del folklore rumano, el poeta de la «gente latina», Vasile Alecsandri, decía en el siglo pasado: «El rumano ha nacido poeta». Hablaba él desde el punto de vista revolucionario de entonces, el de la «idea de las nacionalidades». Pero hoy día podemos decir que no sólo el rumano, español o italiano, sino «el ser humano mismo», ha nacido poeta.

«El ser humano nace con la palabra, y la palabra —dice Vico, filósoto estudiado por Uscatescu en un libro admirable— es ella misma *poesía*.» «"El habla" —dirá más tarde Heidegger en su célebre *Carta sobre el humanismo*— "es la casa del Ser", y sus guardianes más fieles son "el poeta" y "el pensador"; el hombre "existe" en tanto en cuanto guardián del "Ser".»

Esta es la gran familia del pensamiento de Uscatescu: una tradición suya, antigua, de Rumania, el pensamiento postcartesiano de Italia, España y Alemania y las lenguas latinas, inagotables fuentes del pensar.

Pero todo esto no tiene nada que ver con el llamado «irracionalismo» invo-

cado por los energúmenos del marxismo-leninismo siempre cuando se trate de todo lo que no es «materialismo».

Para definir el sentido rumano de la existencia, Uscatescu suele comentar magistralmente unas palabras del mayor lírico alemán, Hölderlin: «Poéticamente habita el hombre». «En el principio *moraba*», dice San Juan de la Cruz, hablando del «Logos» (Romance 1). «Habitar» es la traducción inevitable del alemán «wohnen», pero «morar» es más adecuado. Por eso es muy feliz la paráfrasis de Uscatescu: «La morada del hombre es poética.» Es el sentido mismo que tiene «wohnen» en el verso de Hölderlin. «Morar» es «encontrar en su sitio» lo que también significa «no poder encontrar en otro sitio». Y eso nos parece que debe hacer el pensador, como Uscatescu mismo lo hizo: encontrar «el sitio» generador de una cultura, fuera del cual esa cultura no existiría. En el «morar» de sus raíces se encuentran en cualquier cultura lo más importante de ella, es decir, su «metafísica» y su «ética».

Si «In Principio erat Verbum» y *él*, el «Logos», «en el principio moraba», los rumanos empezaron también a existir cuando tuvieron su «verbo». Por eso cuando Uscatescu, citando y comentando las palabras de Hölderlin, dice implícitamente que «los rumanos vivieron poéticamente», toca la esencia de la cultura rumana que es en primer lugar *la poesía*.

Por la mayor parte de los filólogos romanistas se sabe que los rumanos tienen una gran riqueza folklórica, en poesía, cuentos, mitología. Uno de los más sutiles romanistas de entre las dos guerras mundiales, Leo Spitzer, definió el poema popular rumano «Mioritza» como una «obra clásica maestra». En eso habrá pensado, sin duda, también Uscatescu. Las épocas de la cultura rumana no corresponden a las conocidas en la Europa de las Monarquías imperiales. El renacimiento rumano tiene dos fases: una en el humanismo tardío del siglo XVII y otra en el siglo de la Ilustración. Su clasicismo, o sea su «literatura clásica», fue creado en el siglo XIX.

Hablando de Eminescu, el mayor lírico rumano (1850-89) y de Dan Botta (1907-1957), una de las figuras más destacadas de su generación, Uscatescu nos recuerda el gran respeto que ellos tenían por el folklore. Pero mucho antes Alecsandri publicó por primera vez poesía popular. Medio siglo antes, o más, Iordache Golescu había hecho una verdadera enciclopedia de los *proverbios* rumanos, y al principio del siglo XIX, Anton Pann componía también una especie de «sabiduría popular» en versos a base de folklore; en 1800 el poeta y sabio transilvano Ioan Budai Deleanu, acababa una epopeya donde por primera vez en lugar de la mitología griego-romana antigua se utilizaba una mitología folklórica. Al principio del siglo XVIII el Príncipe Demetrio Cantemir, uno de los primeros etnólogos del mundo, escribió sobre este

folklore, y al final del siglo anterior, el Metropolita Dosoftei hizo una traducción de los *Psalmos* en versos populares.

Y así volvemos al siglo XVII. La «obra clásica maestra», el poema «Miorítza», cuyas huellas fueron encontradas en la época moderna en todas partes de la antigua Dacia, existía y con él casi todo el folklore estudiado en el siglo XIX. La conclusión que nos impone la tesis tan profunda y original de Uscatescu es que lo que se podría llamar «el clasicismo rumano» está en su folklore, cuya época de creación se extendería entre los siglos XII y XVII, o sea, a partir del tiempo en que empezaba a existir una «sociedad rumana», aunque sin Monarquía hasta el final del siglo XIII, sociedad que no podría existir sin haber ya forjado su propia lengua. Este «clasicismo» peculiar no tiene sus raíces sólo en una edad media típica de los rumanos, sino también en la antigüedad, la de una rama de los tracios: los dacios.

En este folklore, que es para los rumanos un clasicismo anónimo, Uscatescu encuentra por su propia intuición y por el estudio de los grandes poetas, artistas y pensadores rumanos, el «centro» irradiante, aunque inconscientemente, de la filosofía y del sentido rumano de la vida, como se muestra, por ejemplo, en el gran arqueólogo Vasile Parvan, fundador de la dacología, citado en un impresionante pasaje del libro de Uscatescu *Némesis y libertad.*

Más allá cita también a Dan Botta, hijo espiritual adoptivo de Parvan: «Me ha gustado buscar en la poesía popular la imagen nostálgica de la Tracia (...).» Al misticismo platónico, a la geometría rigurosa de la concepción de Brancusi, está ligado de un modo natural el estilo de nuestro arte. *Arte trágico y mediterráneo*, arte de la esencia mística y del mundo (...) la escultura de Brancusi participa también en el arte prehistórico. «El tracismo lleva —escribe Uscatescu—, entre otros, los mitos órficos, anticipa el misticismo platónico, inspira el genio inmenso de la tragedia griega. En un salto prodigioso más allá del cielo de la Hélade henos cerca de una realidad originaria donde palpita algo parecido a las grandes gestaciones culturales y del espíritu.» Es cierto que la cultura rumana tiene sus orígenes más en antiguos mitos y tradiciones que en el humanismo de las obras escritas de los griegos-romanos. Así, que en el período que hemos llamado «clásico», el de la creación folklórica rumana, los poetas anónimos estaban inmediatamente acercados a la antigüedad y por este motivo el «clasicismo folklórico» de los rumanos tiene una sustancia antigua más verdadera que, por ejemplo, el clasicismo culto francés, inspirado en los libros griegos. Por eso también en la poesía culta del clasicismo tardío, el mito vive con una fuerza que en el resto del Occidente estaba ya hace mucho tiempo agotada.

Pero todo eso, nos asegura Uscatescu, no quiere decir que el «folklorismo» habrá de serlo todo en la cultura superior rumana; el espíritu que ha ins-

pirado el folklore tendrá que inspirar más tarde a muchos pensadores cuya contribución al verdadero humanismo del mundo moderno es considerable: «Un nuevo humanismo de la inteligencia viva y noble constituye la esencia de la "humanidad rumana" —*omenia*—, fuente inagotable de sus energías creadoras. *Lógica y serenidad, serenidad y lógica.* En estas nociones se inspira un verdadero *humanismo rumano,* fenómeno de vastas integraciones, por cuanto se trata de un humanismo de la libertad, profundamente vivida, de la justicia no solamente legislada, pero, sobre todo, concreta y real, concebida como origen de todos los bienes del espíritu (...).» «Entre nosotros —escribe una vez más el filósofo y teólogo Nae Ionescu analizando los caracteres del cristianismo rumano—, los elementos del dogma estrictamente ortodoxo se han hipostasiado en realidades concretas.» Pensar el humanismo rumano a partir de la «cultura material» es para Uscatescu una herejía y con razón cita otra vez a Nae Ionescu que decía a sus alumnos hace más de cuarenta años: «La esencia de la realidad no es algo material sino un principio estructural, un principio de naturaleza espiritual.»

El libro de Uscatescu no es una «historia de la cultura rumana», como fue treinta años antes «la historia de la literatura» de Basil Munteanu, *sino una filosofía de la cultura rumana.* Por eso nos lleva mucho más allá de cualquier inconcluyente «positivismo» y nos ofrece una meditación amorosa, o una «meditación del amor», que es un ejemplo vivo de una de las más profundas enseñanzas de Heidegger que siempre quiso decir a sus alumnos: si la «filosofía» es el amor de la sabiduría, el porvenir pertenece a la «sofiofilía», lo que es «la sabiduría del amor».

Viviendo como personalidad activa tan destacada en el pensamiento actual dentro del mundo hispánico, dentro de la «hispanidad», mundo inmenso en comparación con el de la «rumanidad», Uscatescu ofrece a este mundo el acento de unos valores que sobrevivieron en Dacia a través de una larga historia enemiga y devoradora. Por el pensamiento de Uscatescu los iberos y los dacios comulgan en el pan y el vino de la esperanza en un porvenir humano de la Humanidad.

HORIA STAMATU